



MARTÍN KOHAN
*Fuera de
lugar, desvíos
y caídas*

Página 3



CONTRATAPA
*Bien peinadito,
un relato de
Luis Soto*

Página 4



SLT

WWW.TELAM.COM.AR

SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 5 | NÚMERO 227 | JUEVES 7 DE ABRIL DE 2016

La buena gente de la Guerra



Archivo Histórico de las Armas Argentinas | www.ahfa.com

El último libro del escritor uruguayo Eduardo Galeano, *El Cazador de historias* (Siglo XXI), tiene el título la peculiaridad de sus textos breves, surgidos entre el recorrido y el hallazgo, la curiosidad y la investigación, el dato fehaciente y el anecdotario; develando a través de las voces de seres anónimos o prohombres postergados el devenir de una América latina saqueada y oculta por la historia oficial.

Lleva la marca de Galeano (1940-2015), que dio paso ya, entre el relato y la investigación periodística, a un universo de microhistorias en libros como *Españes*, *Bocas del tiempo*, *El libro de los abrazos*, *Los hijos de los días* y los tres tomos de *La memoria del fuego*. Se ha insistido en que a partir de *Las venas abiertas de América Latina* (1971), saltó los géneros literarios para armar un híbrido con extractos narrativos.



SEBASTIÁN BASUALDO.



LEONARDO HUEBE

"Con buena gente no se gana la Guerra"

Nacido: El Baño Fernández, ex combatiente, (a memoria 2016)

Cuando te vi caer (Bajo la luna), de Sebastián Basualdo, es una novela cimentada en los recuerdos de Lautaro, el narrador, y construida por su autor con una destreza, se diría obsesiva, para quedarse merodeando en las ruinas de los detalles del pasado con la doble finalidad de armar una existencia para el protagonista y de descubrir una verdad esparcida y disimulada entre miserias, amor parental, culpas, admiración y ocultamientos, que le den a Lautaro una realidad y no una representación de ella.

Lo que fríamente puede decirse de *Cuando te vi caer* es que cuenta la historia de Francisco, un gasta matriculado veterano de la guerra de Malvinas, su relación con Cora, su pareja y con Lautaro, hijo de ella de un matrimonio anterior. Pero esto sería faltarle el respeto al autor: Basualdo escribió la novela de una generación, la que nació en la década del setenta, a la que se le ocultaba la trágica realidad de un genocidio perpetuado desde Ushuaia a La Quiaca con mentiras de estar viviendo en aquella argentina como si se estuviera en la comunidad de "La casa en la pradera".

Lautaro ha crecido a la sombra de una madre a la que le gusta "mostrarse" y a la de un padrastro que es para él un héroe. A los quince años, de manera fortuita, ve a su madre subirse al automóvil de un hombre desconocido al que besa:

"Tenía quince años cuando descubrí que me engañaba el hombre que yo había admirado en el mundo, yo sólo portaba trase del padre que me había elegido, o acaso fuera justamente por eso, porque me había inculcado un respeto feroz hacia ese hombre que, sin ser mi padre, afrontó como un hé-



La buena gente de la Guerra

roe la obligación de criar a un niño poco después de regresar de la guerra de las Malvinas."

La excusa de contar su historia, la suya y la de lo que rodeaba, (la de su padre biológico Norberto Nogin, de Mirta y Migliano, de Luisa y Juan Francisco Martoy —ex Caballero Rojo de Titanes en el Ring—, padres de Mirta y Francisco, de Paula, su ahijada materna, del señor Bobol, de Villa del Parque con sus vecinos del colegio Comercial Once y del doctor Roberto Carreras) es el punto de partida de un relato de un tataro de adulto, cuando recupera algo que no buscaba. El diario íntimo de su adolescencia:

Recordé una frase. En ese cuaderno había una frase como una bisagra, un quiebre abrupto entre el que yo fui antes de descubrir que mi madre lo engañaba y el que me habría de devorar después. Y efectivamente, esa misma noche, cuando llegué a mi departamento (no me llevé la caja, pero sí el cuaderno y la fotografía), leí el diario completo y comprobé que era exactamente como lo recordaba.

Recordé una frase. En ese cuaderno había una frase como una bisagra, un quiebre abrupto entre el que yo fui antes de descubrir que mi madre lo engañaba y el que me habría de devorar después. Y efectivamente, esa misma noche, cuando llegué a mi departamento (no me llevé la caja, pero sí el cuaderno y la fotografía), leí el diario completo y comprobé que era exactamente como lo recordaba.

y de no contar lo visto, no sólo por temor a la reacción de ese hombre que lo quiso como a un hijo, sino, además, a los prejuicios sociales y al escarnio; y es también esa lectura la que lo hace redescubrir las etapas por las que transitó Francisco en su regresión de héroe a hombre, a hombre desesperado:

"La primera parte está escrita por un jovencito que se creía eterno y resultaba megáfono e innecesariamente críptico. Hay poemas y sueños, el universo de los amigos de entonces y, por sobre todo, una marcada obsesión por la guerra. Luego un abismo, exacta-

mente eso, como si todo lo que fui se lo hubiera tragado la tierra: hay diez páginas en blanco y una frase rotunda como un desmoronamiento: 'Si Francisco se entera, no mata'."

Otra de las claves tiene que ver con esa sociedad cómplice en su silencio con los sucesos ocurridos durante el gobierno de facto (silencio que le hace tomar a Lautaro una decisión de la que más tarde se arrepentirá profundamente) y su reacción ante la vuelta de aquellos soldados derrotados en el Atlántico Sur que instantan, los que séquito físicamente aún pueden hacerlo, reinserirse en la vida civil. Y es bajo esta circunstancia que la decadencia moral de Francisco comienza a hacerse manifiesta.

"Si lo importante de aquella casa era el teléfono, tengo que decir que nunca dio los resultados deseados. Un día Francisco llegó a preguntarse en voz alta y como si me lo consultara si el hecho de haber manifestado en sus tarjetas que era un veterano de guerra no le habría impedido obtener clientes."

No se dirá en esta reseña nada más sobre la trama o las peripecias, vicisitudes o tribulaciones de los personajes de esta novela. Si se hará referencia a lo más importante de sus claves: la narrativa de Sebastián Basualdo. El autor logra llevar esta historia de un modo complejo, ya que no escatima ahondar en el frente y el revés de los detalles, pero la cadencia rítmica de su prosa no hace que lo que se lee resulte fático o complicado, sino todo lo contrario: porque las palabras que acarician las pupilas del lector parecieran que entrarán como un rumor leve, de confesión, por sus oídos.

La última de las claves es un pensamiento de Lautaro: todo lo que no se nombra, sencillamente, no existe.

Sebastián Basualdo nació en 1978, en Buenos Aires. Es, además, el editor de las ediciones de la revista *Los Inútiles de Simpson*. La novela *Cuando te vi caer* fue declarada de interés cultural por la Comisión de Cultura de la Nación y finalista del premio Enecé. Es inminente su edición en Colombia.

El cineasta alemán Wim Wenders escribe sobre el influjo que tuvo en su obra—enigmática, poética, brillante y oscura al mismo tiempo—, el trabajo de otros artistas cuya memoria titula los diferentes capítulos y permite saltar de uno a otro. En el libro *Los píxels de Cézanne* (Caja Negra), Wenders (Düsseldorf, 1945) se adentra en ese fuera de cámara siempre presente en sus películas. Wim Wenders

recibió el impacto de sus pares Ingrid Bergman, Antonioni, Anthony Mann, Douglas Sirk, Samuel Fuller, Manoel de Oliveira, Yasujiro Ozu, las pinturas de Edward Hopper, Andrew Wyeth, las fotografías de Peter Lindbergh, James Nachtwey, Barbara Klemm, la danza de Pina Bausch e incluso el fenómeno de la moda con el diseñador Yohji Yamamoto.



JUEVES 7 DE ABRIL DE 2016 ■ SLT ■ REPORTE NACIONAL ■ 3

Desvíos y caídas



JAVIER CHABRANDO

La expansión de la novela negra en el mercado trae aparejado la necesidad de buscar variantes, sea en los narradores, en la estructura, en la creación de personajes. En general en la novela negra clásica la trama está motivada por la aparición de un hecho inusual, de carácter policial: un muerto, un robo, una desaparición. A partir de ahí comienza la investigación, realizada por un detective, un policía o una persona común. La investigación lanza la historia tanto hacia adelante como hacia atrás, de ahí que lleguemos a una probable resolución del crimen y también conozcamos lo que motivó el hecho inusual, el pasado de los personajes que lo generaron o sufrieron, y su entorno. Martín Kohan elige otro camino. Cuenta primero el pasado para luego ponernos frente al hecho inusual de carácter policial: un muerto. Esto genera en el lector una particularidad. La de conocer primero los motivos (posibles) que hicieron que el hecho inusual apareciera. Y luego el resto.

Fuera de lugar se inicia con un relato de los detalles de una pequeña pero efectiva asociación delictual dedicada a la pornografía pedófila. Curiosamente, sus integrantes no parecen en ningún momento abrumados, ni siquiera preocupados por su forma tan deleznable como peligrosa. Para ellos: un cura, un fotógrafo, un vendedor, entre otros, es apenas un negocio, una tarea que les da dinero y no causa excesivos males (sólo fotografían a los niños, desnudos, eso sí), a los niños involucrados, de los que poco sabemos, antes o después de participar de las fotos. Son huérfanos, nadie los quiere, nadie los cuida.

La historia pega un salto cuando dos hombres adultos se suman al proyecto, en distintas etapas y por distintos motivos, aunque el motivo final siempre sea el dinero. Todo se da en las mejores condiciones, sin peligro a la vista, por-



MARTÍN KOHAN. FUERA DE LUGAR INVIERTE EL ORDEN DE LA NOVELA NEGRA Y CUENTA EL HECHO AL FINAL.

que las fotos son vendidas a marineros rusos o finlandeses. El mundo es aún un conglomerado de tierras y países algo aislados, algunos casi inaccesibles. Pero un día el mundo se vuelve una aldea, y todo lo que antes era lejano pasa a estar cada día más a mano. Y esto altera la vida de los involucrados. Hasta aquí la mitad de la novela.

Más o menos en este momento aparece el hecho inusual. Un hombre aparece colgado en el baño de su casa. Ahí comienza la investigación, que llevará por caminos entrevistados por el lector, así como caminos nuevos, con sorpresas y giros argumentales tal como el género exige y que Kohan logra con mucho mérito.

La historia está dividida en capítulos titulados según los lugares un tanto imprecisos donde suce-

den los hechos: Litoral, Comurano, etc. Cada uno de estos capítulos contempla también un cambio de estilo. De la extremadamente cuidada y elaborada sintaxis de una de las partes al fragmentado formato de otra, para llegar al discurso final, más acorde de la novela negra convencional. Para todo el texto Kohan elige un narrador omnisciente que mira con algo de inocencia, que ignora que un chico que tiene todos los síntomas de autismo sea un artista y que se sorprenda (o muestre como una sorpresa) que un hombre, motivado por el peligro de verse involucrado en el crimen mencionado, busque su zafiro (el zafiro es un objeto que él busca para no encontrar), y termine volviéndose un adicto a la pornografía, lo que además sorprende a la espora como si la pornografía, las ganas de mirar cuerpos ajenos desnudos no fuera también parte de la vida.

Una vez conocidos los aspectos argumentales, quedan otras cosas. Varias e importantes, los hilos secretos del texto. Una es la exploración que hace Kohan sobre una época que termina y otra que nace cuando aparece Internet. El anonimato, ciertos aspectos de la inimpugnabilidad van desapareciendo lentamente en la medida en que todo acto está a mano de cualquier curioso, se vuelve público. En el medio está, a manera de contexto, el fin del mundo dividido entre comunismo y capitalismo, la caída del primero y el triunfo del segundo, que es a su vez el marco donde se hace posible la compra, como finalmente se ilustra, de un chico del crimen más repudiable, la inocencia destruida de los chicos fotografiados y vendidos.

Es en la primera parte del relato cuando asistimos a los momentos más elaborados del texto, que es cuando Kohan analiza los contenidos de las fotos, el impacto de una mirada, un cuerpo inmovil, uno en movimiento (presente), la aparente indiferencia. "La única vez que ella (María) faltó a una sesión (...) los tres chicos que trajo Magallán se quedaron como momias (fue Lalo el que dijo: 'como momias', pero Mariano la corrigió: 'como estatuas', porque no existen las momias desnudas y las estatuas a menudo lo están)".

Otra mirada está dada sobre la normalidad de los hechos aberrantes, ese tipo de historia que cuando se conoce en retrospectiva es contada como chisme más que como relato de lo atroz: "... la fotografía como un arte de la ambigüedad, concretamente de la fabricación de lo ambiguo, porque todo lo que de por sí se mueve se detenerse se torna equivocado (por eso había tantos comprados de fotos, existiendo las películas, viendo películas no es raro que haya alguien que pida que aprietela la teca de pusa y dejen congelada una imagen)".

Kohan (Buenos Aires, 1967) es autor de *Dur veces junio* y ganador del Premio Herralde de Novela por *Ciencias Morales*. *Fuera de lugar* está editada en la serie Anagrama Negra. El autor, un confeso admirador de Bernhard, Sier, Chejfec, contó en un reportaje a *Telam* que para escribir esta novela se pasó un buen tiempo leyendo a Graham Greene buscando acercarse a un autor de tramas más completas, sucesos, intrigas, así como a Pavese buscando un universo literario estimulante.

Afin, cuando en la novela aparece la investigación, es bajo el modelo del personaje común que intenta entender los motivos de la muerte de un familiar. La investigación que él hace es de descubrimientos sofisticados o inverosímiles ni con confesiones arrancadas a los golpes. Se da más bien con la naturalidad del que busca algo perdido en el fondo de un baúl. Y que ignora que dentro de ese baúl está escondido el peligro.

EDUARDO SACHERI OBTUVO EL PREMIO ALFAGUARA DE NOVELA

Eduardo Sacheri obtuvo el XIX Premio Alfaguara de Novela por su obra *La noche de la usnia*, una historia que transcurre en 2001 en un pueblo bonaerense, una epopeya de unos "perdedores heroicos" que le dan una "merecida venganza colectiva" a quienes les robaron sus esperanzas, Sacheri comentó que "sonaba con la posibilidad de ganar el premio, pero no se lo dije a nadie para no sembrar opciones

inútiles". "Cuando vi a mi mujer atender el teléfono con cara de 'por qué te están llamando desde España', me permití ilusionarme. Les pedí que me llamen en cinco minutos y le expliqué a mi mujer que habíamos ganado el Alfaguara", recordó con emoción. La escritora y académica Carme Riera presidió el jurado compuesto por Michi Strausfeld, Carlos Zanón, Sara Mesa, Mercedes Corbiñán y Pilar Reyes.



CONTRATAPA

→ Luis Soto



Bien peinadito

Ciento cincuenta pesos por mes, casa y comida le pagaban al Remigio. Mi marido, sí. Hombre fiel y de una pieza, pero poca imaginación. En las afueras de El Dorado vivíamos con Egle, nuestra hija. Estaba conchabado en el obraje de los Sartori. Dormíamos en un rancho de adobe, para comer nos daban arroz y galleta, y al Remigio no le faltaba un porrón de ganebra por semana. El 25 de Mayo y para Navidad agregaban un chorizo para cada uno y una botella chica de vino patero. El trabajo era duro: él tenía que hacer sin asco en el monte, a mí me tocaba ordeñar, alimentar a los chanchos, acarrear agua, fregar y todo lo que se le cantara al viejo Sartori. Tenemos que irnos de aquí, insistía yo. ¿Adónde?, preguntaba el Remigio, siempre sin mirarme a los ojos. Pensé, decía yo. Hasta ahí llegábamos. Él les contaba de su bronca a los compañeros, pero ninguno hablaba claro. Tenían miedo de que el Remi-

gio, tan callado y sin risas, fuera un alcahuete. Aguantemos, negra, ya va a espuchar el viejo, era la única esperanza. Un día mi marido se encontró en el dispensario con Nicandro Taboada, tucumano él, y en la charla se quejó del trato y la mala paga. Cosa del destino, el único que se animó a jugarle fue el Nicandro. Si te jode tanto y tu mujer se cansó, tenés que plantarlo, dijo. El Remigio se le quedó mirando, arrepentido de haber soltado la lengua. En serio, hace lo hoy mismo, remató Taboada. El día siguiente mi marido volvió temprano al rancho, las 4 y cuarto. Tomó unos mates, pero no abrió la boca. Yo me había acostumbreada a que no hablara. El viejo Sartori se arrimaba todos los días, a eso de las 5. Sabía que el Remigio llegaba más tarde. Siempre me tuvo ganas, pero no pasó de cachetearme el trasero. Cuando la Egle cumplió 12 la empezó a invitar a la casa. Nunca la dejé ir. Si pasó la casa del patrón o subió al auto te acogoto como a una gallina,

la ponía en vereda. Cosas fieras que le salen a una madre desesperada. Ese día el Remigio estaba terminando de cavar un pozo cuando el viejo se bajó del caballo. Mi marido lo encimó por la espalda y pegó seco con el filo de la pala. Justo en la nuca fue el golpe, después empujó a Sartori hasta tirarlo en medio del pozo, que no era muy hondo, y lo cubrió de tierra. Clavó una estaca al lado, lo ató para ponerlo tieso –afuera quedaron la cabeza y el pecho– y entró a manguerear despacio. Cuando se dio cuenta que tanta agua lo había empapado el patrón aprovechó para peinarle los cuatro pelos del jopo teñido de rubio. Al consejo del Nicandro se prendió, como un loro, el inocente. Le dije que no tiene imaginación. Eso fue un lunes. El miércoles fuimos a ver al viejo. Los caranchos sólo habían dejado la osamenta y el jopo bien peinadito. Ni un andrajo de pulpa.

